

CASTILLO GÓMEZ, Antonio (2013)

*Leggere nella Spagna Moderna. Erudizione, religiosità e svago*

Bolonia: Pàtron, 126 p.

ISBN 978-88-555-3200-6

Los textos solo adquieren pleno sentido cuando el individuo se apropia de ellos y los dota de una significación, es decir, en el momento de ser leídos. Esta idea, baluarte de aquellos que, desde hace ya más de tres décadas, dieron los primeros pasos hacia la renovación de la historia del libro y la lectura, es el eje que vertebra *Leggere nella Spagna Moderna. Erudizione, religiosità e svago* (Bolonia, 2013), el nuevo libro de Antonio Castillo Gómez.

Desde que, al comienzo de su carrera investigadora, el autor centrase su interés en el vasto campo de la historia de la cultura escrita, son innumerables —y fundamentales— los trabajos en los que ha estudiado distintas cuestiones vinculadas con la escritura y la lectura en un amplio marco temporal que abarca desde el medioevo hasta la contemporaneidad.

En esta ocasión, en un nuevo volumen de la colección *Lyceum: Collana di Archivistica, Bibliografia e Biblioteconomia*, dirigida por María Gioia Tavoni, Castillo Gómez nos ofrece una visión poliédrica del mundo de la(s) lectura(s) en la España moderna —aunque sería más apropiado decir en el territorio peninsular y ultramarino en los Siglos de Oro—, gracias a la recopilación y revisión de cinco artículos publicados entre los años 2000 y 2006. Frente a los múltiples estudios que han centrado su atención en el recuento de libros, a través de los inventarios *post mortem*, el autor tiene como objetivo, con base en la renovación historiográfica de los años ochenta, reflexionar sobre el proceso de la práctica lectora, sobre el acto en sí —su(s) forma(s), su(s) espacio(s) y su(s) protagonista(s)— para, en definitiva, intentar comprender *quello che sta fra lo scritto e il lettore* y lo que para ellos y ellas podía representar la lectura.

Gracias al cotejo, al trabajo y a la reflexión crítica sobre diversas fuentes, entre las que destacan los procesos inquisitoriales y los textos doctrinales y literarios de los siglos XVI y XVII, el autor nos aproxima a esta cuestión desde distintos puntos de vista que, en conjunto, permiten al lector conocer las diversas experiencias y prácticas y comprender el complejo proceso que se esconde tras el verbo *leer*.

Así, en una estructura no casual, dedica el primer capítulo al estudio de las opiniones que en los siglos XVI y XVII se vertían sobre los libros y la lectura, *la buona* —moral y edificadora— y *la mala* —*fuoco guizzante* y *veleno mortale*—. No en vano, nos encontramos ante una acción que podía, si sobrepasaba la barrera de la norma y se convertía en un elemento transgresor del orden social establecido, dejar de ser pragmática y utilitaria para convertirse en enormemente dañina, como ocurriera en el no por manido menos ejemplificador caso de Don Quijote.

Una vez analizados las virtudes y los peligros que podían derivarse de la lectura, Castillo Gómez se preocupa, en el segundo capítulo, por una de sus formas: la erudita. Es decir, aquella en la que sus protagonistas perseguían una finalidad que podía ser aprender, adquirir conocimientos o bien pautas de vida. Nos hallamos, pues, ante una lectura reflexiva, aislada, en donde lo importante no es la cantidad de títulos leídos sino la intensidad con la que se hace y que, precisamente por ello, está muy unida al acto de escribir, de anotar; estos lectores solían recurrir a las anotaciones en cuadernos de lugares comunes, en cartapacios o en los propios márgenes, para recoger lo aprendido en el proceso. Esta experiencia lectora, íntima, silenciosa y concienzuda, contrasta con la llevada a cabo en otros

lugares, como en reuniones de comunidades o en la calle, que serán objeto de análisis en los dos últimos capítulos.

Sin embargo, antes de ocuparse de estas otras formas y contextos, Castillo Gómez nos adentra en otro espacio, la prisión en la España moderna, que tan bien conoce desde el punto de vista de la escritura, como ha quedado reflejado en múltiples trabajos, entre los que destaca *Entre la pluma y la pared. Una historia social de la cultura escrita en los Siglos de Oro* (2006). En este contexto de aislamiento obligado, de privación de libertad, tan poco propicio, por lo menos teóricamente, para la comunicación oral o escrita, la lectura se convierte en una *pasión solitaria* que cumple diversas funciones: la ascética y espiritual, encaminada a la meditación y a la reflexión para, en último caso, mitigar la aflicción pero también, una vez más, la erudita —el escribir y el anotar— que podía ser utilizada como instrumento de defensa.

Si bien es evidente que en las celdas se podían llevar a cabo lecturas compartidas —ya fuera porque se hicieran en voz alta o porque varios leyeran la misma obra—, la protagonista de estos dos capítulos es la individual, la realizada sin intermediarios, y que contrasta con los casos que se van a estudiar en los últimos capítulos. Y es que, precisamente, es el interés del autor por conocer la inserción entre los mundos del texto y del lector, es decir, el tiempo de la lectura, lo que le lleva a intentar acercarnos a ese momento a través del estudio de tres comunidades muy diversas entre sí —una de moriscos, una de beatas y una conventual femenina—, pero con varios elementos en común: eran lecturas reguladas, en voz alta y en las que aparece una nueva figura, el mediador. Este lector —y,

en ocasiones, traductor— influye decisivamente en la forma en que los oyentes comprenden e interpretan el texto, pues él es quien orienta la construcción del sentido de su contenido.

Frente a estas lecturas que, en ocasiones, como en el entorno del convento, estaban fuertemente restringidas y controladas, el último capítulo está dedicado a otra modalidad de lectura, enormemente relacionada con las distintas formas de comunicación: escrita, visual y oral. Se trata, en esta ocasión, de la que se hace o se vive en los espacios públicos, en la que tanta importancia adquieren los distintos productos, manuscritos o impresos, algunos de los cuales no han sido considerados relevantes por la historia de la literatura, pero que, sin duda, ocupan un lugar trascendental, pues fueron leídos y corrieron por esas sociedades. La calle fue, a la vez, el espacio donde se difundían los textos que ordenaban y regulaban la vida colectiva, las lecturas informativas —edictos, avisos, etc.—, y el lugar para la transgresión de la norma gracias a la difusión de panfletos, pasquines, canciones, etc.

A través de las páginas de esta obra, Castillo Gómez reconstruye el complejo proceso de la lectura que, lejos de ser homogéneo, se ve extraordinariamente afectado por el contexto y las condiciones sociales y materiales en los que se realiza. Así, gracias al profundo conocimiento que el autor posee de esta(s) práctica(s) y valiéndose de su elocuente pluma, el lector alcanza a aprehender sus distintas formas, a recorrer sus diversos espacios y a identificar a sus múltiples —y no necesariamente letrados— protagonistas, comprendiendo, en última instancia, su trascendencia en la sociedad de la España moderna.

*Beatriz Castro Díaz*

Universidade de Santiago de Compostela  
<http://dx.doi.org/10.5565/rev/manuscripts.28>

